

tándose en ella á título de maestro de Enrique y de amigo de su padre.

—El niño Enrique—dijo el administrador después de saludarle desdenosamente—es un muchacho de muy buenas esperanzas. ¡Lástima que no haya querido terminar los cursos!

El administrador, que tenía abundantes noticias acerca de Monsieur Dionisio y de su colegio, por toda respuesta, le atrajo al cementerio de la capilla y le enseñó la tumba recién construída, refiriéndole breve y secamente el fin trágico de su discípulo. Monsieur Dionisio se quedó estupefacto.

Quiso, sin embargo, ver á Gaspar, á fin—decía—de explicarle que la desgracia de Enrique era obra de la fatalidad y de la conformación de su cráneo, probando esto último hasta la evidencia con citas oportunísimas de Gall. Abrió el administrador el cuarto de Gaspar y apareció éste, sentado en un rincón, y teniendo la mano puesta en la mejilla. A las primeras palabras que le dirigió en vano, comprendió Montieur Dionisio que su antiguo correligionario de ideas acerca de la enseñanza, no le conocía y que estaba insensato. Retrocedió horrorizado y pudo apenas dirigir una frase benal de

despedida al administrador, quien le contestó con una mirada de reconvencción y desprecio.

XIII

VOTOS CUMPLIDOS

Así como un rayo de sol puede alegrar por un momento los días más opacos del otoño, un día todo de júbilo y de felicidad doméstica, después de las desgracias acaecidas, vino á interrumpir la existencia monótona y triste de Octaviana y Amelia. Esta se casó con Alberto, y amante y dichosa, pero con los ojos llenos de lágrimas de ternura, pasó de los brazos de su madre á los de su esposo. ¡Momento solemne de la vida de la mujer! Con él sueña la joven prometida, y él constituye el recuerdo más grato de la madre de familia.

Octaviana, en su calidad de tal, no quiso dejar transcurrir todos los meses de luto por la muerte de Enrique, sin casar á su hija. La demencia de Gaspar no daba trazas de alivio, y ¿qué haría Amelia sola en el mundo, si su madre la llegase á faltar por una des-

gracia? Octaviana comunicó sus temores al párroco, y el venerable sacerdote la aconsejó que sin más dilación uniese el destino de Amelia al de Alberto.

Este no cabía en sí de gozo; pero tenía que contenerlo para no lastimar la tristeza crónica de Octaviana, cuya faz tan alegre y despejada en tiempos anteriores, obscurecíase ahora frecuentemente con el recuerdo del fin trágico de Enrique y del terrible estado que guardaba la razón de su esposo. Cuando se detenía á examinar las nobles cualidades de Amelia y su amor entrañable á Alberto, asaltábale un pensamiento desgarrador. Dotada ella misma de sensibilidad, de resignación y, en suma, de todas aquellas disposiciones de carácter que constituyen otras tantas probabilidades de disfrutar la dicha doméstica, había caminado por sendas muy distintas de ella en sus días de esposa y de madre. El dolor la había visitado bajo todas sus formas; perdió primeramente el cariño de su esposo, flor nacida y muerta en el arenoso desierto de aquel corazón sin ternura; en seguida vinieron las luchas de autoridad entre ella y Gaspar respectó de la educación de los hijos; el extravío de las

ideas religiosas y morales de su esposo y las primeras señales del mal corazón de Enrique; por último, el homicidio, la demencia y la miseria, posesionándose de su hogar! ¿Son éstas las recompensas que da el cielo á las pobres criaturas que confían en sus promesas y se entregan á la espinosa práctica de las virtudes? ¿No contrasta singularmente la triste suerte de los buenos con la insolente prosperidad de los malos? Octaviana desechaba de sí tal pensamiento, diciendo á su atribulado espíritu con Bartolomé de Argensola:

“¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?”

Octaviana, vuelta á sus sentimientos religiosos de que el dolor la separaba por un momento, como para más afirmarla en ellos después de haberla hecho sentir las angustias de una alma herida que vaga por los abismos de la duda y del raciocinio humano, recordaba que no es la tierra el lugar donde se recoge el premio de las buenas obras, y que es preferible á la prosperidad del impío la tranquilidad de una conciencia limpia, aun cuando el corazón se ha le traspasado por los dardos todos del dolor. “No hay desgracia capaz de abatir al va-

rón recto," había dicho la filosofía antigua. En cambio, los filósofos modernos, desconociendo la tradición religiosa y negando la revelación cristiana, borran las perspectivas de la vida futura, consideran la felicidad material como el único destino del hombre en la tierra, y sus discípulos, desesperando de alcanzarla, blasfeman de Dios, y para librarse de sus padecimientos recurren al suicidio. La filosofía moderna ofrece á los hombres por término de su carrera, la nada; la religión les ofrece la inmortalidad y el cielo!

Y luego, hay tantos motivos de alegría en el seno mismo del dolor y de la resignación para las almas que creen y esperan! El aspecto de la naturaleza les encanta y detiene su contemplación más que si fueran dichosas; el sol brilla todos los días para el pobre y el rico, para el feliz y el desgraciado; los pájaros, los vientos y los ríos no ensayan su música armoniosa en los palacios de los grandes, sino en el fondo de las soledades; las flores del campo brillan en la ventana del pobre; la luna durante la noche acompaña á los enfermos y á los tristes, y las notas del órgano bajo las altas bóvedas del templo hablan un mismo idioma á los poderosos y á los débiles,

á los ignorantes y á los sabios. Nunca sierra la alegría el arca de sus tesoros á quien da limosna ó se consagra de algún modo al bien de sus semejantes. Ella es hija de la piedad y de la misericordia; pero también brota de la abnegación de sí mismo y acompaña entonces una aureola de luz enteramente celestial. Octaviana ya no echaba de menos su propia felicidad ante la felicidad de su hija; gozaba con ella y con ella sentía renacer su antigua juventud, la primitiva frescura de sus ideas y de sus sentimientos. Amelia era el virginal capullo que iba á desarrollarse al influjo del sol y de las brisas tibias de la mañana; la vara de donde había brotado el capullo, se enorgulleció de él y gozó con él. Por eso Octaviana, al prender en los cabellos de su hija y sobre el traje negro de la hermana que lloraba muerte de su hermano, el velo blanco de la desposada, antes de conducirla al altar, apareció joven y bella á los ojos de Alberto. Nada embellece y rejuvenece á una madre como la dicha de sus hijos.

Alberto asistía impaciente á los últimos pormenores del sencillito adorno de su novia. Desde algunos meses atrás había colgado la paleta y los

pinceles para lanzarse en las especulaciones de la agricultura y del comercio, porque las bellas artes, por regla general, son ingratas bajo el aspecto de la prosperidad material para quienes las cultivan, y toda la gloria del mundo no basta para que se alimenten la mujer y los hijos. Conocida es la preciosa alegoría en que uno de los grandes maestros de la literatura alemana, Goethe, nos pinta á la Fortuna distribuyendo todos los bienes de la tierra, y el poeta llegando demasiado tarde al reparto, por haberse entretenido en soñar y cantar. Pero como si una especie de maldición pasase sobre los adeptos de las musas, no basta que deserten de las faldas del Parnaso y que dirijan sus naves hacia Tiro y Cartago. Mercurio, á ruegos, tal vez, de las irritadas hermanas, les niega sus dones, y ellos en su nueva carrera no hacen letra, como vulgarmente se dice. Alberto, metido agricultor y comerciante, repugnaba escamotear á los trabajadores el salario y al fisco la alcabala; por lo mismo, llevábanle ventaja sus compañeros, ya en el precio de las ventas, ya en la ganancia líquida de los negocios. No se había resuelto echar al hombro, liadas en un hatillo, la dignidad y la conciencia,

y las personas que le imitan avanzan muy poco en el camino de la prosperidad mundana, si bien gozan de otros bienes no otorgados á las almas vulgares y corrompidas.

Alberto era pobre, pero honrado en la verdadera acepción de esta hermosa palabra. Los principios en que había sido educado fueron severos, y sus pasos en la carrera de la vida correspondieron á sus principios. Supo, además, evitar los dos grandes escollos en que naufraga la juventud inteligente de nuestros días: la política y la ambición de renombre. Detestaba las funestas exageraciones de la primera, y si bien cumplía todos los deberes de ciudadano, jamás se creyó encargado de la alta misión de regenerar á su patria, ó de, lo que viene á ser lo mismo, trastornarla. Entregado al cultivo de las artes, jamás se creyó notabilidad en ellas; nunca abrió al público las cortinas de su obrador para cosechar el aplauso de los necios y la envidia de los ignorantes. Desde que conoció y amó á Amelia, no tuvo más pensamiento ni otra aspiración que ser feliz á su lado. Empleóle su tío, según hemos dicho, en el arreglo y la administración de algunas de sus posesiones, y pudo así asegurar lo es-

strictamente indispensable para el sostenimiento de su familia, sin meterse de nuevo en especulaciones que le habían sido adversas.

El tocador de Amelia estaba terminado, cuando se abrió la puerta del cuarto y aparecieron el cura y unos parientes de Octaviana, que iban á servir de padrinos. Amelia estaba hermosa como la inocencia y el amor: cumplimentáronla los recién llegados, y el novio la presentó un ramillete formado con flores de aquellas que acariciaba Amelia en el jardín la tarde en que tuvo lugar la primera declaración de Alberto.

Salieron todos de aquel aposento y entraron en el de Gaspar. Este había ya dejado el lecho, falto de sueño como siempre, y ocupaba el rincón de costumbre, cubriéndose la cara con las manos. Al ruido que hicieron los entrantes, alzó la vista y la fijó distraídamente en ellos. No pareció reparar en el adorno de Amelia ni en la presencia de personas extrañas. Acercósele el cura, le dirigió envano expresiones cariñosas, tomó su diestra, que Gaspar cedió dócilmente, la colocó extendida sobre la cabeza de Amelia, y bendijo á la joven á nombre de su padre insensato. En seguida se dirigie-

ron á la capilla, dejando á Gaspar al cuidado del criado que le asistía, y el cura dió la bendición nupcial á aquellos jóvenes, que temblaban casi imperceptiblemente, como dos tiernas hojas de un árbol agitadas por el viento. Por último, acabó de revestirse el sacerdote, y celebró una misa para que se velaran los casados.

Siempre había sido religioso Alberto, pero en aquel momento, viéndose arrodillado junto á su compañera, junto á aquella cuya existencia y cuya felicidad le acababan de ser confiadas por la Iglesia como un depósito sagrado, oró con más fervor que nunca, pidiendo al cielo fortaleza, constancia y benevolencia en el desempeño de sus nuevos deberes; pidiendo que jamás se debilitaran el mutuo cariño ni la confianza mutua de los esposos; que en los cuidados, lo mismo que en las prosperidades, brillasen en el hogar la tranquilidad y la alegría; pidióle que las manos de Amelia cerrasen sus ojos al sueño de la muerte en el término de la vida.

Cuando atravesaba la comitiva el cementerio de la capilla para volver á la casa, Octaviana se arrodilló frente á la cruz que coronaba el sepulcro de Enrique. Los demás imitaron su

ejemplo y oraron como ella, en silencio. Al levantarse, Alberto estrechó con efusión en sus brazos á la madre de su esposa. Octaviana había perdido un hijo, pero el cielo le daba otro, desde aquel día, en recompensa de sus virtudes.

Nada hubo en la hacienda de lo que el mundo llama fiestas de boda. A semejanza de los novios de quienes habla Carlos Nodier en su "Novena de la Candelaria," Alberto y Amelia dejaban ver en sus semblantes un júbilo grave y reposado. Los acentos de la orquesta, las pisadas del baile no resonaron en aquellas salas sombrías donde se habían representado recientemente escenas de muerte y de angustia: aun vagaban por allí los suspiros y permanecían sin secarse las lágrimas del amor maternal, y de vez en cuando el rostro de Gaspar dejaba ver su insensatez á la media luz de los aposentos casi desiertos. Pero el día estaba despejado y hermoso; brillaba el sol en los estanques, en las sementeras, en las copas de los árboles y en las flores: pasaban una que otra mariposa volando frente á la ventana, y ya Amelia no sentía deseos de correr tras ellas. La naturaleza aparecía animada, como si estuvie-

sen ya de vuelta los meses de la primavera. La alegría reinaba en el corazón de los esposos.

—¿Me amas? preguntó Alberto á Amelia, después de besarla en la frente.

La joven ocultó su rostro, radiante de júbilo y al mismo tiempo ruborizado, en el seno de la madre.

—Alberto, yo te respondo para siempre del corazón de Amelia, le dijo Octaviana.

XIV

CONCLUSION

Habían transcurrido seis meses. Alberto y Amelia siguieron habitando en compañía de los padres de la segunda, la casa de la hacienda, y cada día eran mayores la unión y el afecto entre la madre y los hijos. Alberto había sido favorecido de la suerte, y comenzaba á echar los cimientos de una fortuna tan sólida cuanto honrosamente formada. La hacienda seguía prosperando en manos del administrador. El crédito de Gaspar estaba completamente restablecido, y en cuanto á

la insensatez, había casi desaparecido de diez días á aquella parte, merced á las prescripciones de un médico hábil, y, sobre todo, al cuidado y cariño de su familia.

Hemos dado al lector las noticias indispensables para que llene el espacio de tiempo, durante el cual abandonamos la quinta. Hecho esto, le introduciremos á la sala de la casa, al mismo tiempo que entra en ella un rayo de sol por la ventana que mira al poniente.

Octaviana leía un libro piadoso. Gaspar, envuelto en una ancha bata de zaraza y con un gorro negro de lana en la cabeza, estaba sentado en su poltrona, cerca de una mesa donde había libros y papeles en desorden. Gaspar estaba hecho un viejo, y los cabellos blancos no imprimían á su rostro el sello de bondad y dulzura que caracteriza, por lo común, la fisonomía de los ancianos. Amelia registraba los cajones de un estante, sacando de ellos divensas ampolletas de color que iba colocando cuidadosamente en una charola.

—¿Qué estás haciendo, Amelia? la preguntó su padre.

—Buscando algunos colores que había guardado á Alberto en el estante.

—¿Y para qué quiere Alberto los colores?

—Está sacando una vista del prado de la lechería, y después va á hacer mi retrato.

—¡Hum!—murmuró el viejo.—¡Volvemos á las artes y á las locuras!

Amelia, con la charola en una mano, se acercó á su padre, cerró cariñosamente sus labios con la otra mano, y en seguida corrió como una niña hacia el cuarto de Alberto, para no oír lo que acerca de él siguiera diciendo Gaspar.

Amelia conocía perfectamente á su padre. Este continuó, dirigiéndose á Octaviana, que cerró su libro y se dispuso á oírle con paciencia angelical.

—Semejante casamiento, como casa hecha por mujeres y frailes, no puede dar buen resultado; ya te lo he dicho, Octaviana. Si ustedes hubiesen esperado á que yo sanara, las cosas se habrían arreglado de muy diverso modo.

Silencio completo de parte de Octaviana.

—¡A bonito mequetrefe me han dado ustedes por hijo! No sabe más que pintar muñecos y paisajes de abanico. Parece una dama, según lo melindroso y delicado; jamás le he oído una expre-

sión enérgica, que revele alma, corazón, inteligencia y vida.

El mismo silencio de parte de Octaviana.

—¿Y en cuanto á ideas? ¡Oh! ¡Vale más no hablar! A su edad y cuando ya todos los jóvenes se han creado un nombre público, él no ha sido todavía diputado, pero ni alcalde, pero ni guardia nacional, pero ni simple elector primario! ¡Con razón! Es una momia del siglo XVII. El tiempo ha marchado para él en vano. El progreso no se hizo para todos. Le he perorado horas enteras y siempre inútilmente. El idiotismo católico está pintado con todos sus caracteres en su semblante. A mis ideas de reforma social y religiosa opone la autoridad del Papa y de los concilios.

El auditorio, reducido á Octaviana, sigue guardando silencio.

—Finalmente, Amelia no puede ser feliz con un hombre así, y es preciso que Alberto salga de mi casa cuanto antes.

—El día que tú lo quieras, le seguirá su mujer. Sólo á instancias mías consintieron en seguir viviendo con nosotros, y en cuanto Alberto vió que te aliviabas, habló de poner casa y separarnos.

—Bien sabe que yo no le trago. Pero se irá él solo; no se ha de llevar á mi hija.

—Es su mujer.

—Entablaremos demanda de divorcio. La perpetuidad del matrimonio es un absurdo. La ley no debe autorizar contrato alguno en que se estipule la pérdida irrevocable de la libertad. Sí, señor, pediremos el divorcio.

—Si ella quiere pedirlo, está bien.

—Y si quiere sostener á Alberto el administrador, según lo tiene de costumbre, echaré á entrambos á pasear. ¡Buenos males está causando en la hacienda el tal administrador! Los mozos se han vuelto nuevamente fanáticos y degradados, y el cura campea aquí con todos los humos del incienso y las farándulas de la sotana.

—¡Cállate, Gaspar, no desatines! ¿Ya no te acuerdas de todo lo que acaeció con motivo de tus reformas?

—¿Qué acaeció?...

Al oír tal pregunta, Octaviana manifestó asombro é iba á contestar con señales evidentes de dolor; pero la asaltó una idea y se contuvo. Desde que Gaspar había medio vuelto á la razón, no daba señales de acordarse de Enrique, ni de su fin trágico y fu-

nesto. Octaviana no quiso tocarle este punto.

—¿Ya no te acuerdas de la paralización de los trabajos, de la desmoralización de los mozos, de la miseria de la hacienda y del saqueo de nuestra casa? ¿A qué puedes atribuir todas esas calamidades si no á las reformas?

—¡Oh, ceguedad y obstinación! ¿Sabes tú, mujer, lo que ocasionó esos males? Pues no fué sino el elemento antiguo, ó sea la rutina, queriendo oponerse á la reforma: él provocó todos esos desórdenes de que te quejas, y que, sin embargo, son indispensables al establecimiento de un buen régimen. Cuando las ideas y los elementos antiguos cedan completamente el puesto á los nuevos, cesará toda pugna, y los pueblos y las haciendas serán felices, Octaviana.

—No lo dudo, Gaspar; pero ¿cómo no pudiste tú obtener todos esos bienes en tu hacienda?

—¡No había llegado mi época!

—¿Ni llegará?

—Sí; tiene de lucir el gran día de la fraternidad y de la libertad universal.

—Pues, si por lo pasado hemos de juzgar de lo futuro, ese día nos quedamos sin camisa, Gaspar.

—¡Nada importan los hechos ante el triunfo de las ideas! Pero me parece que llaman á la puerta....

Octaviana acudió á abrir, y un mozo presentó á Gaspar hasta una docena de cartas que habían llevado de la ciudad inmediata. Es manía de todos los supuestos hombres de Estado escribir muchas cartas á fin de mantener por tal medio su popularidad y sus relaciones políticas, que continuamente ponen ellos al servicio de su propia ambición. Gaspar, tan luego como se alivió de su enfermedad mental, había escrito á sus antiguos compañeros de congreso, y éstos le contestaban reprochándole la obscuridad á que voluntaria y caprichosamente se había retirado, y excitándole á volver á la escena pública. La ocasión no podía ser más propicia, le decían: una nueva revolución liberal estaba en vísperas de triunfar, y el Departamento H** á nadie podría enviar al congreso mejor que á su antiguo representante.

¿Habéis leído la magnífica pintura que hace Job del caballo? Su cuello se estremece, sus narices se abren arrojando humo, y de su boca salen copos de blanquísima espuma y relinchos sonoros al oír las notas del clarín que le llama á la guerra. Pues cosa

análoga sucedió á Gaspar. Leyendo las excitativas de sus antiguos camaradas, sintió que se le democratizaba la sangre y que era capaz de trastornar el mundo, quiero decir, de reformarlo. Púsose en pie, lanzó al aire el gorro de lana con ímpetu varonil, y en tono de profética inspiración arengó durante media hora á su mujer, quien, por toda respuesta abrió de nuevo su libro de oraciones y se puso á recorrer sus páginas. Gaspar se proponía organizar las nuevas elecciones tan luego como recibiera la primer noticia del triunfo definitivo de la revolución. Pero faltábale que leer una carta que permanecía en la mesa, cerrada todavía, y cuya dirección, escrita en el sobre con hermosísima letra inglesa, llamaba desde luego la atención. Rompió el neta y se puso á devorar el contenido.

La carta era de Monsieur Dionisio. ¡Otra vez el pedagogo!

“Mi querido señor—le decía.—El partido jesuita ha consumado aquella parte de sus planes relacionada con la ruina de mi establecimiento de educación científica, moral y poliglota. Es por esto que lo cerré cuando no me quedaban más que cuatro alumnos, y ahora trabajo empeñosamente en la

revolución que presto libraré de casas y de sotanas á la desgraciada sociedad del Meccico. He de merecer á usted que tan luego como vuelvan los buenos días, influya para que se me conceda la prefectura de H** ó, en último extremo, la Secretaría del Ayuntamiento. Las tareas de la educación me han hastiado. El Meccico está todavía en un atraso verdaderamente “sauvage.”

“Meses pasados estuve en la hacienda de usted; pero le hallé enfermo. Mi objeto era explicarle las perturbaciones del cráneo de Enrique, las cuales, según el sistema de Gall, debían conducirle á una muerte trágica y violenta.

“Acepte usted, señor, las marcas de mi estimación y respeto.

Dionisio Labete.”

Cuando Gaspar hubo leído las últimas líneas, una aparición terrible brilló en los abismos de su memoria; zumbáronle los oídos de un modo extraño, miró á su rededor con aire de asombro, agolpósele la sangre á la cabeza y cayó al suelo exclamando:

—¡Hijo mío! ¡Mi Enrique! ¡Mi primogénito!

Octaviana, Amelia y Alberto acudieron al oír los gritos y le hallaron sin sentido; pusieronle en la cama, y cuando volvió en sí, apareció de nueva la estupidez pintada en su rostro, y tal vez para siempre!

Daba fin la historia con estas líneas y acababa de ser leída en una tertulia de invierno, cuando de uno de los extremos del estrado salió una voz infantil, preguntando:

—¿Y Tamerlan?

—Tamerlan—respondió Antenor á la niña—murió de pura vejez y fué sepultado con sus respectivos honores en el jardín de la casa.

Cuando llegó á mis manos el manuscrito de "La Quinta-Modelo," vi que su autor por vía de moraleja, había escrito al pie la siguiente frase:

"¡Ojalá que—siendo, como es, uno mismo el remedio—los males causados por la demagogía á todo un pueblo fuesen tan fáciles de remediar como los que causa un loco en una quinta!"

Pero tales palabras estaban borradas y creo que el autor no hizo mal en tacharlas. El fin moral de la obra es evidente y los lectores son muy entendidos.

México. Septiembre de 1857.

LA LLORONA.